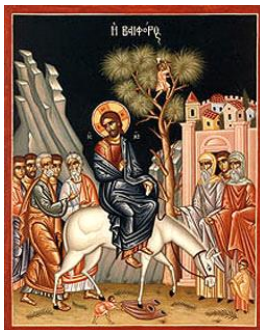


A propósito de...

El Domingo de Ramos

La Semana Santa es inaugurada por el Domingo de Ramos, en el que se celebran las dos caras centrales del misterio pascual: la vida o el triunfo, mediante la procesión de ramos en honor de Cristo Rey, y la muerte o el fracaso, con la lectura de la Pasión correspondiente a los evangelios sinópticos (la de Juan se lee el viernes). Desde el siglo V se celebraba en Jerusalén con una procesión la entrada de Jesús en la Ciudad Santa, poco antes de ser crucificado. Debido a las dos caras que tiene este día, se denomina "Domingo de Ramos" (cara victoriosa) o "Domingo de Pasión" (cara dolorosa). Por esta razón, el Domingo de Ramos --pregón del misterio pascual-- comprende dos celebraciones: la procesión de ramos y la eucaristía. Lo que importa en la primera parte no es el ramo bendito, sino la celebración del triunfo de Jesús. A ser posible, debe comenzar el acto en una iglesia secundaria, para dar lugar al simbolismo de la entrada en Jerusalén, representada por el templo principal. Si no hay iglesia secundaria, se hace una entrada solemne desde el fondo del templo. El rito comienza con la bendición de los ramos, que deben ser lo bastante grandes como para que el acto resulte vistoso y el pueblo pueda percibirlo sin dificultad.



Después de la aspersión de los ramos se proclama el evangelio, es decir, se lee lo que a continuación se va a realizar. Por ser creyentes, por estar convertidos y por haber sido iniciados sacramentalmente a la vida cristiana, pertenecemos de tal modo al Señor que, al celebrar litúrgicamente su entrada en Jerusalén, nos asociamos a su seguimiento. La Semana Santa empieza y acaba con la entrada triunfal de los redimidos en la Jerusalén celestial, recinto iluminado por la antorcha del Corde-ro.

A la procesión sigue inmediatamente la eucaristía. Del aspecto glorioso de los Ramos pasamos al doloroso de la Pasión. Esta transición no se deduce sólo del modo histórico en que transcurrieron los hechos, sino porque el triunfo de Jesús en el Domingo de Ramos es signo de su triunfo definitivo. Los ramos nos muestran que Jesús va a sufrir, pero como vencedor; va a morir, mas para resucitar. En resumen, el domingo de Ramos es inauguración de la Pascua, o paso de las tinieblas a la luz, de la humillación a la gloria, del pecado a la gracia y de la muerte a la vida.

SERVICIO DE PASTORAL. ATENCIÓN ESPIRITUAL Y RELIGIOSA.

jsanchezf.cabm@hospitalarias.es

jgalan.cabm@hospitalarias.es

CIEMPOZUELOS (MADRID)



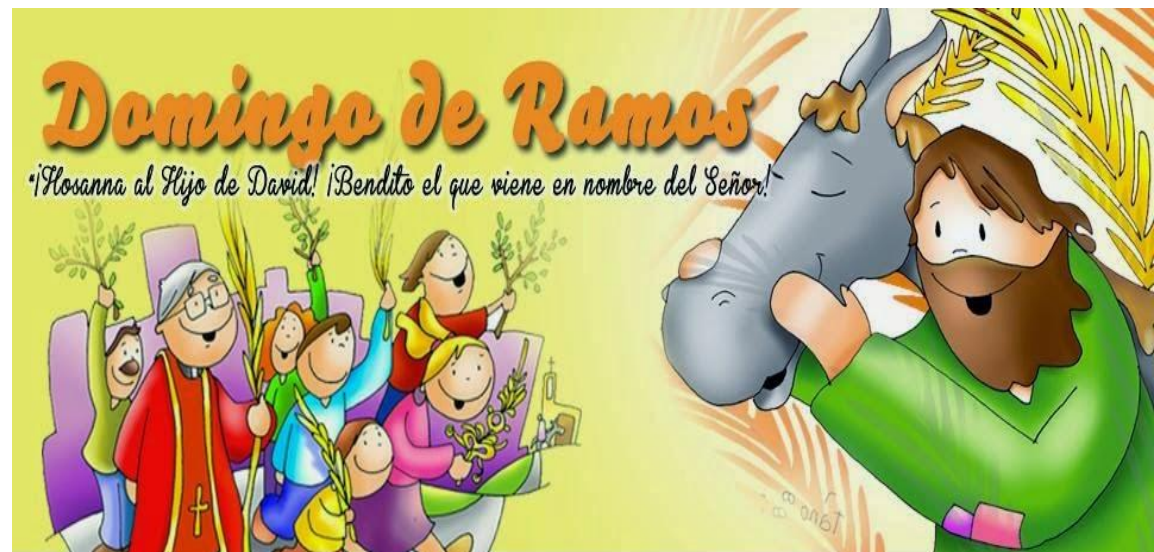
Hermanas Hospitalarias

COMPLEJO ASISTENCIAL BENITO MENNI

La Buena Noticia de la semana

14 DE ABRIL 2019
DOMINGO DE RAMOS

Año XI. n.º: 610



Palabra de Dios:

Isaías 50, 4-7:

No me tapé el rostro ante los ultrajes, sabiendo que no quedaría defraudado

Salmo responsorial: 21:

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Filipenses 2, 6-11:

Se rebajó, por eso Dios lo levantó sobre todo

Lucas 22, 14-23, 56:

He deseado enormemente comer esta comida pascual con vosotros, antes de padecer

Comentario al Evangelio:

¿QUÉ HACE DIOS EN UNA CRUZ?

Según el relato evangélico, los que pasaban ante Jesús crucificado sobre la colina del Gólgota se burlaban de él y, riéndose de su impotencia, le decían: «Si eres Hijo de Dios, bájate de la cruz». Jesús no responde a la provocación. Su respuesta es un silencio cargado de misterio. Precisamente porque es Hijo de Dios permanecerá en la cruz hasta su muerte.

Las preguntas son inevitables: ¿Cómo es posible creer en un Dios crucificado por los hombres? ¿Nos damos cuenta de lo que estamos diciendo? ¿Qué hace Dios en una cruz? ¿Cómo puede subsistir una religión fundada en una concepción tan absurda de Dios?

Un "Dios crucificado" constituye una revolución y un escándalo que nos obliga a cuestionar todas las ideas que los humanos nos hacemos de un Dios al que supuestamente conocemos. El Crucificado no tiene el rostro ni los rasgos que las religiones atribuyen al Ser Supremo.

El "Dios crucificado" no es un ser omnipotente y majestuoso, inmutable y feliz, ajeno al sufrimiento de los humanos, sino un Dios impotente y humillado que sufre con nosotros el dolor, la angustia y hasta la misma muerte. Con la Cruz, o termina nuestra fe en Dios, o nos abrimos a una comprensión nueva y sorprendente de un Dios que, encarnado en nuestro sufrimiento, nos ama de manera increíble.

Ante el Crucificado empezamos a intuir que Dios, en su último misterio, es alguien que sufre con nosotros. Nuestra miseria le afecta. Nuestro sufrimiento le salpica. No existe un Dios cuya vida transcurre, por decirlo así, al margen de nuestras penas, lágrimas y desgracias. Él está en todos los Calvarios de nuestro mundo.

Este "Dios crucificado" no permite una fe frívola y egoísta en un Dios omnipotente al servicio de nuestros caprichos y pretensiones. Este Dios nos pone mirando hacia el sufrimiento, el abandono y el desamparo de tantas víctimas de la injusticia y de las desgracias. Con este Dios nos encontramos cuando nos acercamos al sufrimiento de cualquier crucificado.

Los cristianos seguimos dando toda clase de rodeos para no toparnos con el "Dios crucificado". Hemos aprendido, incluso, a levantar nuestra mirada hacia la Cruz del Señor, desviándola de los crucificados que están ante nuestros ojos. Sin embargo, la manera más auténtica de celebrar la Pasión del Señor es reavivar nuestra compasión. Sin esto, se diluye nuestra fe en el "Dios crucificado" y se abre la puerta a toda clase de manipulaciones. Que nuestro beso al Crucificado nos ponga siempre mirando hacia quienes, cerca o lejos de nosotros, viven sufriendo.

Estos días de Semana Santa podemos mirar a Jesús Crucificado. ¿Qué sientes al verle sufrir a Él?

Él sabe muy bien lo que es estar mal y lo que es sentirse impotente. Él te está acompañando de cerca, también ahora, cuando sufres. Él está siempre acompañando a los que sufren.

Rezamos desde dentro a nuestro Dios crucificado:

Señor, confío en ti, tú estás sufriendo conmigo. Yo no sé cuándo, no sé cómo, pero un día conoceré la paz contigo y conoceré, por fin, la Vida definitiva contigo, Cristo ya, resucitado.

José Antonio Pagola

Pensamiento Hospitalario:



"Hoy – a Dios gracias- tengo de volver a recorrer con Jesús las calles de Jerusalén ante mis jueces. Espero que por lo que sufrió Jesús, El mismo me dará fuerzas, serenidad, paz y tranquilidad en medio de la violencia que todo esto produce y me hace sufrir".

San Benito Menni. (c.514.3)

Espiritualidad y Oración:



Señor, esta semana que comenzamos produce en mí muchos sentimientos. Es normal porque son muchos los sentimientos que en ella se ponen en juego. No sentimientos de meras emociones, sino sentimientos de actitudes que reclaman mi respuesta. El drama que se manifiesta en su núcleo no es poesía, no es adorno, no es romanticismo, es la consecuencia del rechazo a ti, del rechazo a Dios, con todo lo que conlleva. Y la gloria de su final es promesa de esperanza y fuerza dinamizadora de mi vida, pero en la medida que está dispuesta a convertirse en don; y, las consecuencias, en ti entonces y ahora, son las mismas. Y necesito valor y fuerza, coherencia y deseo. No quisiera vivir de la repetición de unos ritos, sino de un dar pasos en mi vida hacia mi centro más auténtico, donde me encuentro contigo, conmigo y con el mundo. Muchos sentimientos, sí, muchos deseos, y mucha sinceridad y verdad en lo que celebro y creo. Ayúdame, a que sea una semana santa, una semana que me ayude a crecer en santidad, desde ti y contigo, y marque mi camino de fe cada día.